

narrativa

UNA NIÑA POSA PARA UN RETRATO. Utrecht, 1622.

Es la hora de la siesta y está cansada. Colocan un pájaro en sus manos diminutas. Una ventana abierta distrae la mirada: por caminos de barro alguien arrastra un carro de heno.

El pintor la mira despacio, disecciona su cuerpo: toma un brazo, el pie que asoma bajo el guardainfante, la nuca desnuda... y los lleva al cuadro. El pájaro, como su corazón en el pecho, aletea preso en las manos. La madre la mira desde el otro lado de la habitación, donde la luz no llega. Los criados pasan con bandejas y sirven vasos de agua. Se detienen y miran. El calor estremece a todos.

Ella no sabe. Suspira, se mueve, se ahoga. Pide un vaso de agua. Su madre aprovecha el descanso para ajustarle el anillo: el rubí estaba oculto en la cara interna de la mano. Bebe despacio. Los criados vuelven a su queha-



cer: un ir y venir silencioso con sábanas y trajes que llenan interminables baúles.

El pintor, ya viejo y fatigado, vuelve al cuadro. Por fin se decide a utilizar el rojo en los labios, tan transparentes en la niña. Pasan las horas. El pelo, antes tirante y empapado en colonia, ha vuelto a sus formas onduladas y brilla como una aureola alrededor de la cabeza.

Ya con las velas encendidas, sólo ella es luz en la habitación. En las sombras se mueven figuras cautelosas.

UNA MUJER MIRA SU RETRATO. Roma, 1648.

Rosas espumosas, rosas del vino delicado, embriaguez del crepúsculo. Rosas dormidas en copas de cristal irisado, heridas por la plata del licor. Mujeres de cabellos recogidos y hombros desnudos, de cuerpo deslizado en seda ocre. El aroma de una conversación inexistente.

¿Qué hace esta mujer en el pasillo de los siglos, donde todo avanza si moverse, donde los gemidos del amor o de la agonía se ahogan entre almohadones?.

Veo ahora, mientras estoy sentada junto a la ventana, el deshojarse lento de los años. Así descubres la vida, como cuando al apurar una taza de té aparece en el fondo, entre los restos de hojas y azúcar, una mosca.

Mis manos ahora reposan, quietas y dóciles, sobre la falda. Mientras el canciller lee el largo inventario de mis bienes, bajo la cabeza y miro las manos. Desde lejos, dado que ya me falla la vista, toman la forma de un ave muerta, con sus alas blancas y cerradas. Pero cuando me incline sobre la mesa para firmar el acta de renuncia, me encontraré con unas manos torpes y deformadas por los anillos. Pero aún estoy aquí y floto en gracia con el tiempo. Las manos, ligeramente curvadas hacia adentro, toman la

forma de un cuenco. Comprendo entonces que, más que el gesto de la caricia o del trabajo, mis manos han tenido la forma del vacío, el gesto de la ausencia. Todo pasa por ellas y todo se precipita, nada llenó el cuenco que como una mendiga tendí a la vida. Mis brazos blancos y desnudos bajan como dos afluentes desde los hombros hasta perderse en la infinitud de las manos. Me miro en ellos y siento lástima, con ternura me abraza su niñez indefensa, la niñez de mis manos inacabadas, aléteando como peces sin aire, su juego desesperado en el vacío.

Niñas serías. Debi ser una de ellas, hace ya tantos años. Me pintaron una vez sosteniendo un pájaro dorado al que habían pintado sus plumas con pinceles chiquitos, como el pintor hizo en el cuadro, con una docilidad inventada, desoyendo su corazón vivo bajo aquella ruina de oro. Ya entonces el dolor que araña los cristales, devora en secreto flores cortadas, luces enfermas. La altivez insana del dolor.

Recuerdo también el abanico del verano, de laca rosa y maderas claras. Cómo sostenerlo en la posición adecuada, desatar su mecanismo y extender su giro limitado, contra el viento. La arena suelta del parque que araña mis zapatos, el sol como una monedita de oro falso y el abanico. Entre el sol y yo, como una nube cercana que balanceo en mi mano, verte y no verte, eternamente no verte.

El amor vive aún el lenguaje del abanico. Es cierto que vinieron amantes a lamer mi tristeza y rodé por los lechos en el vértigo de la noche, pero aquel... Pensé que el amor era un diamante puro que podía guardar en la caja fuerte del corazón. Pero el amor se escurría entre las manos como el agua, y había que perseguirlo como un rastro por las habitaciones. Y hubo que aprender a dormir de nuevo sin el peso de un hombre sobre el pecho.

De la mano de la mujer, el pecado. Esa es la ley. Pero los que así hablaron no ignoran que desde la más profunda oscuridad de todas las iglesias de Roma se escucha el ruido de sus mil fuentes. Mientras el siglo se condensa en conceptos insolubles y los versos aparecen retorcidos y espaciados hasta quebrarse, el aire bulle y me devuelve los renuevos de la vida. Europa se agita en el ardor de la contrarreforma y en la corte los discursos de vanidad y monumentalismo conviven con las fruslerías y refinadas intrigas de las alcobas.

Pero también mis contemporáneos dan fe en sus obras de la muerte que fluye por los caminos embarrados. Martirio o éxtasis en los claroscuros de Caravaggio. Hay un temblor de carnes, una respiración agitada en los pechos. Mujeres que suspiran echadas violentamente hacia atrás y un cristo que despereza sus brazos. La muerte se destaca con una luz casi primitiva.

Y yo perdida por estos largos pasillos del siglo, abriendo puertas equivocadas, resbalando en pasadizos ocultos, personajes que aparecen y desaparecen por paredes falsas y tragaluces. La vida guarda siempre un misterio ingenuo, el misterio de las cosas inacabadas. Pero ya este raro bebedizo que es la vida, que bebí sin sentir apura sus últimos sorbos.

El cuerpo, ya torpe y pesado, al que suenan todos sus goznes lastimosos, no abre la cerradura de los sueños. Sólo quisiera ser el ave que vuela errante en la oscuridad y a tientas besa aquello que moja sus labios y puede amar. Se adueñan de mí las cosas, gestos de la tristeza donde se demoran los recuerdos. El corazón, como animal silencioso, espera su fin en la intemperie de la vejez. El dolor me devora con tedio de siglos, pero en el principio amargo de los días hay vientos sin dirección y presagios inciertos que indican que la hora aún no ha llegado.



UN MUCHACHO MIRA EL RETRATO EN UN MUSEO. Madrid, 1986.

El alfiler de nácar en el pelo, el amplio guardainfante que envuelve las caderas, todo ello recuerda la moda veneciana de la época. Parece tener unos diecisiete años en el momento de ser pintada, aunque la historia demuestra que eran menos. Antes de acabar aquel verano sería casada con el alcaide de una fortaleza en la frontera del Rosellón, ya entonces un segundón del rey y más tarde un valido efímero de tantos. Los años han apagado el brillo de sus cabellos oscuros y la blancura de sus manos aparece amarillenta por los barnices y agrietada. El pintor estrechó su cintura y aumentó su pecho por indicación de la familia. El cuadro, embalado antes de secarse, fue enviado a la fortaleza de Salses, donde Diego de Cardona, duque de Estrada, se decidió por fin a tomar nueva esposa que rascase su pie gotoso. Aún no aclarados sucesos habían derrumbado la privenza de la familia y hecho indigna a la niña del tálamo regio.



Sus labios de abultado rojo incitan un deseo que aquella niña provocaba y desconocía. Partió una mañana fría con ocho baúles negros pesados como ballenas. Entonces supo.

Ese cuerpo diminuto, que parece a punto de doblarse y romper el equilibrio del cuadro, tuvo muchos hijos que comieron de su carne y bebieron de su sangre. Su marido desapareció cuando las intrigas políticas se resolvieron en justicias secretas. Antes de que el invierno cubriera de musgo las piedras de la húmeda fortaleza y el olor de las habitaciones deshabitadas fuera insostenible, huyó sola de la corte infecta, donde los últimos Austrias cabeceaban. Hay noticias de ella cinco años más tarde, en las crónicas picarescas de la vida nocturna de Nápoles. Otros cronistas la sitúan junto a las ardorosas sectas que concelebran en los mismos sótanos del Vaticano. Si bien es seguro que vivió en Roma esos años, esta última hipótesis es falsa. Pero lo cierto es que esas acusaciones sirvieron para despojarla de las posesiones que aún conservaba en sus últimos años.

El cuadro ha llegado al Prado a través de un coleccionista privado de Amsterdam. Un antepasado suyo, baquero judío en el Judestraat, compró el retrato en la subasta de unos muebles embargados, La muchacha, de apellido ya perdido por el roce de las familias y la fortuna, fue el recreo del acaudalado anciano desde la muerte de su hija, una ávara y melancólica viuda.

El cuadro, encallado en las corrientes tenebristas y barrocas de la época, muestra sin embargo la austeridad de la pintura flamenca, depurada por el rigor protestante que entonces revive azuzado por la contrarreforma.

El pintor ha evitado los acusados contraluces de la pintura española, que sin duda no interesarían en una obra de encargo. Desaparecen los paisajes del fondo de la escena, sustituidos por cortinajes caídos o tapices, y hasta la niña misma es contemplada como una pieza más de esa naturaleza muerta que es el cuadro.

Una alquimia de luces acaricia los hombros, se hace distinta en los brazos, en las manos inertes. No es posible que toda esa luz nazca de las ventanas laterales de la habitación. El pintor debió fingir una cúpula desde la que la luz se desliza en lentas espirales que bañan de claridad la escena. Los años han apagado los colores y difuminado los contornos de las figuras haciendo resaltar aún más el prodigio del cuadro: el aire está pintado.

El aire circula entre los objetos, presta volumen a los pliegues del vestido, penetra por la boca entreabierta. El aire da vida a este cuerpo perdido en la ceniza de los años y me acerca a la mujer que fue.

Un aliento apacible invade el espacio de su cara y contrasta con los misteriosos combates que parecen ocultarse tras la cortina, pintada con los oscuros colores del recelo. Ese ajedrez invisible

parece subyacer en todos los cuadros históricos. Como la luz, ahora real, que se filtra por los ventanales del museo y gira en torno al retrato, que ilumina sucesivamente a lo largo del día cada una de las perspectivas del rostro, la verdad cambia lentamente.

Todo cambia y se consume. El arte es un bebedizo que me lleva ahora ante esta mujer, que ya no es nada.

“Ellas llevan el fuego”, dicen los poetas desde el principio de los tiempos. Yo sé sin duda que ella contestaría: “Pero, ¿cómo arder sin quemarse?”.

ISABEL SANCHEZ



“La noche
es hermosa, divina.
Tampoco importa mucho
que una Civilización
se hunda.”

José María Alvarez

“Soy memoria de hombre;
luego, nada.”

Luis Cernuda

*Al fondo,
la ciudad naufraga bajo la lluvia
y esta decrepitud de verano,
crepúsculo apagado de sombras olvidadas,
inunda almas, recuerdos y libros románticos.
No, quizá ya nada importe salvo el calor de tus brazos,
o el viento sur que no amamanta a sus hijos;
no, quizá ya nada importe
y la noche repté por las callejuelas silenciosas
como buscando la muerte en las esquinas:
pero nada me puede importar morir hoy
en este baño sagrado de lluvia,
entre el delirio de las estrellas y la triste nostalgia
de lo que nunca volverá a ser;
poco me puede importar la muerte
en este mar que me arranca llantos
mientras Venecia entrega su vida a la lluvia para siempre.*

JUAN JOSE LANZ

librería



LAGUN

literatura

ciencias sociales

filosofía

Pz CONSTITUCION, 3

DONOSTIA